

JARDINES

y

FUENTES

Habría que hacer un estudio sobre el arte de los jardines en el siglo XIX. Recuerdo los parques de otro tiempo plantados de tilos y olmos al tresbolillo, jalonados de tejos recortados como en Versalles, circuidos de frondosos vallados, ilustrados con ruinas á la antigua, estatuas, grutas de las musas, templos de Diana y lecherías á la manera de Trianón. Dejábanse crecer las ramas, un poco más tarde, á instigación de Juan Jacobo, y la antigua solemnidad de los cercados aristocráticos se gloriaba de *hacerse salvaje*; se abandonaban las orillas de los estanques á las junqueras de los

pantanos; se chocaba por todas partes con la simetría, pero los jardineros no ponían sino mucho cuidado en disponer sus plantaciones y en combinar sus perspectivas en forma de decoración de teatro. Poco á poco hasta la Revolución se aumentó refinándose la afectación de rusticidad: la fantasía de nuestros mayores estalló en invenciones extraordinarias, que nos hacen sonreír.

En Chantilly, especialmente, cespadales eternamente verdes y frescos y espesas cortinas de fronda, contornean el lago donde parece dormitar la isla de Amor guardada por cisnes. En una sombra límpida deslízase una barca por la azulada agua, que apenas toca, y se salta en tierra al pie del lugarejo. Ofrécese á la vista un cobertizo bastante deteriorado; pero el más lindo teatro se disimula allí. Mas lejos atrae la vista de un pintoresco molino; se entra en él y se encuentra un gabinete de raso azul, que es un encanto. Y así de lo demás.



Estanque junto á la torre Eiffel

En Epinay la marquesa de Grollier hizo trasportar á su estanque tres islas cubiertas de árboles y arbustos que tenía á quince leguas de allí, en un lago de recreo. Estas islas trasportadas flotaban en la superficie del agua y se movían por medio de pértigas; se balanceaban como barcos con majestuoso movimiento y se fijaban donde se quería.

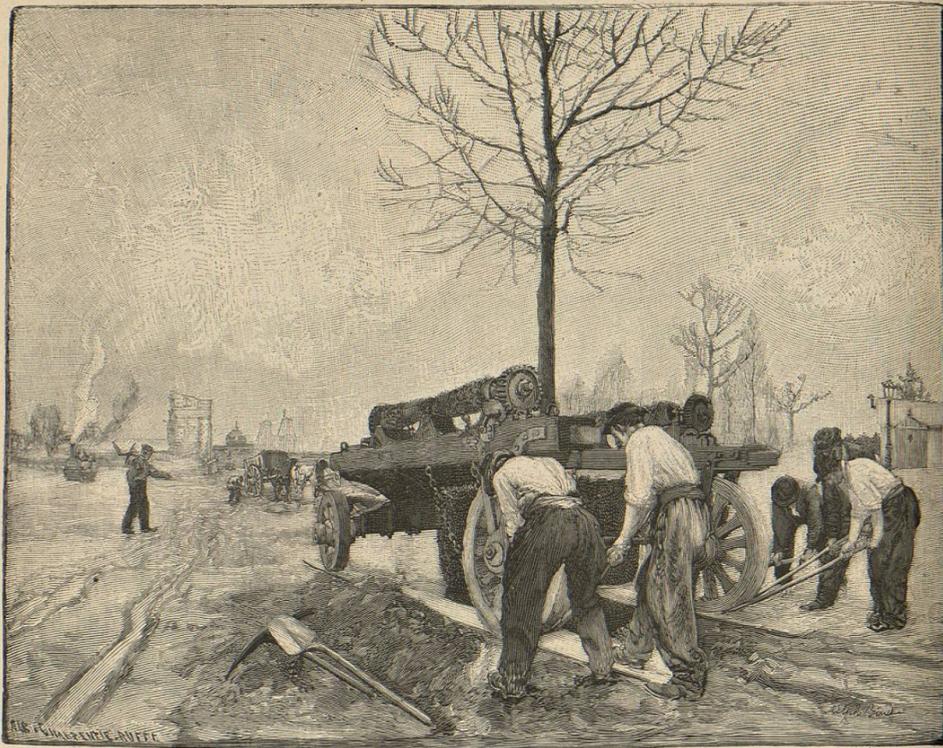
¡Os encogéis de hombros!... En hora buena. Las Memorias de Madama de Genlis tienen muchas otras singularidades en reserva y os invito á registrarlas. Pero ¡cuán lejos estamos de la época de las mil guirnaldas, en que el abate Delille describía jardines en verso, y en que se aguzaba el ingenio para falsear la naturaleza!

No busquéis ninguna excentricidad de ningún género, ninguna exageración de pompa, ningún exceso de frondosidad en los admirables jardines creados en la Exposición universal.

Todo es allí sencillo, delicioso, imprevisto, á la vez que perfectamente natural. ¿Por qué estilo se han concebido? Según el más moderno, el de los parques y jardines públicos de París, en que se equilibran tan agradablemente la amplia regularidad de las líneas y la exuberancia de los detalles. Vense en ellos grandes andenes rectos y calles que giran, con innumerables ángulos de sombra casi misteriosos, terrazas cuajadas de flores, cortinas de verdura atravesadas por los rayos del sol, canastillos rodeados de verde césped y estatuas blanquísimas por aquí y por allá, en medio de la verdura.

El recinto es tan vasto que innúmeras multitudés se dispersan en él fácilmente. En bosquetes de árboles de toda especie se alzan pabellones de todos colores, y las armonías de la música llegan de todas partes al oído, mezcladas con el ruido de las fuentes, que no callan jamás.

¿Se duda de las dificultades que ha sido preciso allanar para hacer en menos de dos años una creación tan espléndida? El 15 de agosto de 1887 tomó posesión de los terrenos el jardinero principal de la ciudad de París M. Laforcade y se puso á trazar sus



Trasplante de un árbol

cálculos de conjunto. Había ciertamente, por la parte del Sena, un *square* cuidadosamente conservado, último resto del parque de la Exposición de 1878, pero necesitaba enlazarlo á los nuevos jardines, y la dificultad no era pequeña.

Sea como quiera, dos meses después, procedían los operarios á trasplantar grandes árboles. Se recordará que en 1878, todo parecía enfermizo en el parque, fuera de las plantas de adorno. Y era que los árboles no habían tenido tiempo de arraigar, de tomar la tierra, de fortalecerse. Así pues sólo se veían hojas caídas por todas partes, ramas desnudas ó brotes amarillos.

Esta vez no sucede eso: en dos inviernos y dos primaveras las raíces han agarrado, el leño se ha fortalecido, la savia ha dado vida y las ramas se han renovado con esplendor y belleza. El grande hacedor de prodigios ha hecho jardines, es decir la mano del tiempo.

Nótese que no se economizaba nada para la riqueza del futuro Edén. Nada de timidez ni parsimonia: árboles de más de un metro de diámetro eran cargados en carros con la mole de tierra que cubría sus principales raíces y replantados en el lugar conveniente á pesar de su edad y peso. Muchos de estos leños tenían ya cincuenta años. Y sabemos de un zumaque que pasaba de setenta y cinco al trasplantarlo. ¿Veía M. Laforcade en los viveros de París, en Auteuil, ejemplares únicos de especies raras? Pues no vacilaba y se los traía á su Edén. Y ningún vegetal se resentía del arranque ni de los sacudimientos



Las fuentes luminosas

del transporte; al contrario, todos se adherían de nuevo á la tierra y prosperaban á vista de ojos. ¡Oh! ¡cuántas y cuán maravillosas variedades de arces empenachados, de álamos y sauces llorones, de citisos y catalpas de amplias y lustrosas hojas se encuentran en el Campo de Marte! ¿Qué especie buscáis? Ninguna falta en la colección: guyacanas, lotos, robineros, serbales, nogales, virgileros, tilos, olmos... ¿qué sé yo? Cuatrocientos tipos de árboles se plantaron y más de seiscientos variedades de arbustos de diversidad infinita. Si os atraen las coníferas, allí encontraréis lo que en ninguna otra parte. Pero ¿á qué empeñarnos en áridas enumeraciones?

Desde las márgenes del Sena hasta el cimborrio central, se extienden los jardines en terrazas. Nada más espléndido que el golpe de vista del Campo de Marte, llegando por el puente de Jena. El gran cimborrio de oro sombrío del palacio de las Industrias varias, los abigarrados frisos de las galerías industriales, las cúpulas relucientes de blanco y azul de los palacios de Bellas Artes y de Artes liberales, las fuentes monumentales, las construcciones características distribuidas en los bosquetes, el colosal conjunto empavesado, colorido, fantástico, aparece en el más ardiente polvo del sol á través del arco descomunal de la torre de trescientos metros. Amplias alfombras de musgo se extienden á nuestros pies: enfrente, se dibuja en su immaculada blancura la gran fuente esculpida por M. de Saint-Vidal, en el centro mismo de los pórticos que forman los cuatro pilares de la torre; dos pequeños lagos á derecha é izquierda, reflejan los colores del cielo, y allí debajo, incandescente á fuerza de blancura, movida de líneas, aureolada de chorros de agua, que suben y caen en freas lluvias de perlas, alta, resonante, alegre, se ostenta orgulloso de su belleza la fontana de M. Coutan.

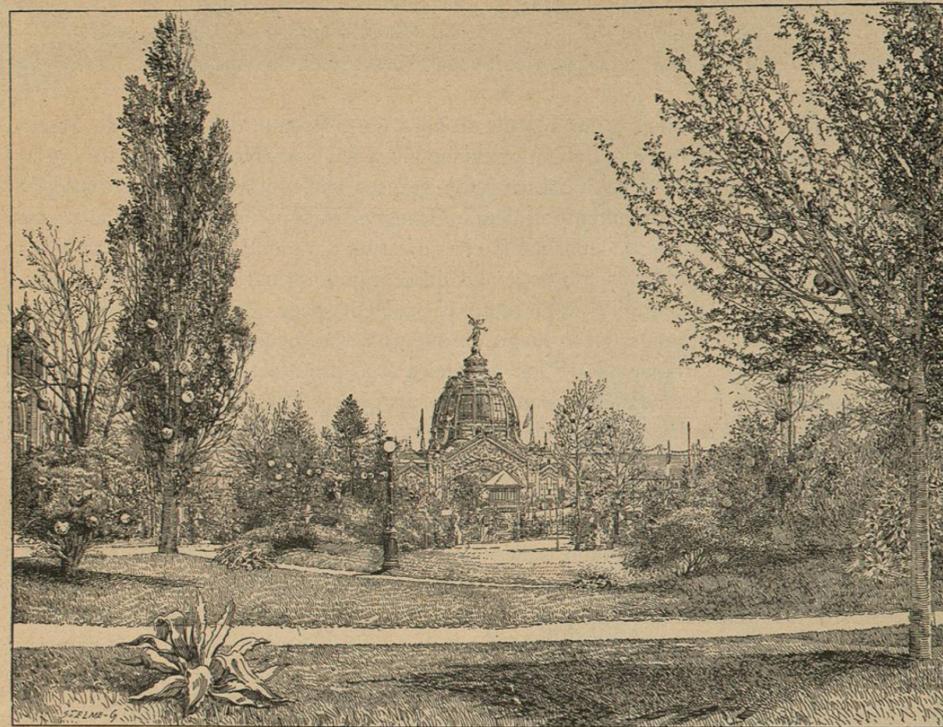
¿Queréis la descripción de estas fuentes? He aquí, para comenzar, la de Saint-Vidal bajo la torre Eiffel... Imaginaos cinco figuras sentadas en actitudes Miguelangélicas al rededor de una gran pila de granito: es el congreso de las cinco partes del mundo. En el centro, sobre un globo terrestre medio velado por las sombras, está recostada la Noche, bella, indolente y graciosa, deteniendo en su carrera al activo genio de la Luz que avanza con una antorcha en la mano. Por debajo de la Noche está retenido el genio de la Verdad con su espejo en la mano. ¡Adelante! Muy pronto saldrá de la región oscura, que no siempre ha de ser la Noche la dominadora de la humanidad.

Mucha literatura es esta, á mi parecer, para una fuente. Creo que se hubiera pasado muy bien sin este *pathos*. Si deseáis saber mi opinión sobre la obra de Saint-Vidal, diré sin rodeos que el estatuario se ha tomado excesivo trabajo para combinar una composición complicada, retorcida, sin relación con su destino, que se presta muy poco á la decoración hidráulica y que sería más propia para alojar un péndulo.

¿Y la otra fuente, la que ocupa el centro de los jardines en el eje del dombo central?

¡Ah! por fortuna, es muy superior á la primera. El arquitecto Fromigé y el estatuario Coutan son sus autores, y han sabido aprovechar á las mil maravillas las desigualdades del terreno, sobreponiendo tres pilas, de que se elevan rectamente multitud de saltos de agua. Un grupo majestuoso domina la pila superior. El navío de la ciudad de París hiende las ondas llevando á Francia que ilumina al mundo con su antorcha y rodeada de la Ciencia, de la Industria, de la Agricultura y del Arte. Una figura de la República, en la popa, maneja la caña del timón. Completan la composición grandes sirenas surgiendo de la masa de agua, genios marinos soplando sus conchas y niños provistos de cornucopias.

Todo esto, como se ve, está ingeniosamente concertado para el espectáculo hidráuli-



Los jardines del Campo de Marte

co. Y no es un mérito pequeño, después de todo, disponer una fuente en que los juegos de agua sean luminosos y naturales.

Pero olvidaba que la fuente de Coutan y Fromigé tiene conquistada la celebridad desde la apertura de la Exposición. Id al Campo de Marte hacia las siete de la tarde, y veréis las cuatro ó cinco mil sillas disponibles en los jardines tomadas al asalto por los visitantes. No importa que llueva ó que haga viento. ¿Se reune la gente en este sitio para oír algún concierto? Nada de eso. Los kioscos de música están desiertos. Se reune simplemente á presenciar la iluminación eléctrica de las fuentes.

La lluvia cae en vano: se abren los paraguas y se espera con sublime paciencia...

Y pasan las horas. El faro de la torre Eiffel hace girar sus luces tricolores, y proyecciones eléctricas de espantosa intensidad caen por aquí y por allá de las vertiginosas galerías de la linterna. No hay que ahuyentarse por tan poco.

Dan las nueve de la noche. ¡Ah! es el momento. Un murmullo de atención cunde por la multitud. Y en espera vuelve otra vez á sonar la conversación como una marejada.

Las nueve y media. Ahora, ahora. Los surtidores se llenan, multitud de cohetes se elevan por todas partes. ¡Qué milagro! El agua es de color de sangre... El agua es verde... El agua es de color de oro...

En efecto, rayos eléctricos que salen de las profundidades inflaman el agua, la matizan, la abrillantan, la hechizan. Todas las figuras parece que bailan á la luz de aquellos